

10(336-29

CUATRO ESTUDIOS  
SOBRE LA OBRA DE  
EDGARDO UBALDO GENTA  
POR  
CARLOS DAVILA



- I—GENTA, EL AMÉRIDA
- II—QUE ADVENGA EL CICLO  
DE LOS AMÉRIDAS
- III—LA AMÉRICA DE GENTA
- IV—LA AMÉRICA ÉPICA



MONTEVIDEO

1 9 5 4

BIBLIOTECA NACIONAL



0431609

*El doctor don Carlos Dávila, ex Presidente de Chile, periodista y escritor consagrado, publicó, para los centenares de diarios en lengua española, inglesa y portuguesa, de la Editors Press Service de Nueva York, los cuatro estudios que damos por su orden, sobre el sentido y la trascendencia de uno de los aspectos de la múltiple obra de Edgardo Ubaldo Genta — la épica.*

\*  
\* \*

*Florensa y Lafon, editores de varios volúmenes de este poeta de América, en el género que lo ha consagrado, considera un grato deber la compilación de estos artículos, que tanta difusión y resonancia alcanzaron en las tres Américas.*



"Genta es, por total derecho, *el Amériða*, el poeta consagrado a América; poeta integral, que de igual modo toca la cuerda del más fino lirismo que el grueso bordón de la epopeya". *Lic. Alejandro Quijano*. - Director de la Acad. de Letras de México.

\*

\* \*

"Edgardo Ubaldo Genta, autor de vastos poemas que son como bloques gigantescos, que él va acumulando para levantar una pirámide que sea visible de todo el Continente". *Antonio Gómez Restrepo*. - Colombia (El Menéndez y Pelayo de América, según Cejador).

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION GENERAL

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

## GENTA, EL AMÉRIDA

Por Carlos Dávila

### I

*Nueva York*, mayo 14/953. (EPS).—He escrito sobre ese vacío que está invitando a nuestros poetas, el que aguarda al gran poema épico de la conquista. Pero allá en el Uruguay está tomando forma una epopeya de la América aún más comprensiva y más vasta; canta a la América desde la cuna desconocida hasta el futuro lejano y redentor.

Escribió Ramiro de Maeztu en sus últimos años: "En los tiempos grandes de los pueblos hispánicos andaban juntas las armas y las letras. Saludo a un espíritu en que vuelven a juntarse". Ese espíritu insólito es el general y poeta uruguayo Edgardo Ubaldo Genta, cuya obra ha sido tan singular como poco difundida. Me atrevo a pensar que con el correr del tiempo vamos a oír cada día más, y con más estruendo, acerca de este hijo de italianos que se trajo metido en el alma al Dante para escribir el Divino Drama de América. Tengo que tomarme la libertad de observar aquí que fué imperioso que Dante, muerto 180 años antes del Descubrimiento, ignorara a la España en América, pero no es tan fácil comprender cómo Genta ha podido deslizarse, casi sin tocarla, sobre la también epopéyica misión de los españoles en el nuevo Mundo desde el descubrimiento y la conquista hasta la independencia.

En brevísimo tiempo escribió Genta cinco libros, cada uno de los cuales podría haber ocupado media vida de otro escritor. Ha resuelto que sus "Memorias" no se publiquen hasta después de su muerte, pero su "Filosofía de la Guerra", la "Historia de Artigas", "El Juicio Final" y "Aquél, Tú y Yo" dan testimonio de la fecunda variedad de este uruguayo que parece empujado a convertirse en el primer cantor épico de las Américas.

La idea estimulante que uno recoge de este poeta es que la América ha estado hasta ahora preocupada de crearse; su verdadera historia todavía no ha comenzado; se la vislumbra, en síntesis enorme, a través de los cantos de este militar y humanista. Son tres series; la crítica ha saludado con entusiasmo la aparición de cada uno de los volúmenes de la primera, entre ellos "La Epopeya de América", "La Epopeya del Espíritu", "La Platania", "La Amazonia", "El Epílogo de Dios", "Los Mayas". Llaman al autor "Generalísimo de la Poesía de América", "El Amérída"; lo juzgan como el poeta que ha "rescatado a la América Latina" el que ha

traído "a la América la épica griega", el "iniciado en la más profunda filosofía esotérica". Son muchos los americanos y extranjeros que creen ver en Genta, y en su canto a la América desde la Creación hasta el Apocalipsis, algo único en la poesía del Nuevo Mundo.

Bajo el título general de "Cantos del Nuevo Mundo" ha aparecido el primero de los dos libros de la segunda serie de los "Poemas Américos": "El Juicio Final". El próximo, en preparación, se titulará "Flamero", cantará a la creación y completará el gobelino americano. "El Juicio Final" está dedicado: "A los americanos del Tercer Milenio, para un Nuevo Mundo y en la Edad de América". Comprende un Prólogo, tres Visiones y un Epílogo, trae ilustraciones en colores de Ariel Severino y está magníficamente editado por Florensa y Lafon, de Montevideo. Escribió Juana de Ibarbourou: "... regreso recién del vértigo, la alucinación, el deslumbramiento de su grandioso poema "El Juicio Final", una de las más grandes concepciones poéticas de nuestro tiempo".

Se entrelazan en este volumen el Nuevo Mundo Americano y el Nuevo Mundo de San Juan, en una visión del porvenir cultural de la América cristiana. El futuro del mundo está en el tercer milenio, el de la América. La magnitud del tema asombra, pero el tono de Genta se ajusta a la perfección, con palabras potentes que a veces inventa con acierto y vuelo singular a la vez clásico y modernísimo. Preside los cantos la severa amonestación del Apocalipsis: "Guardad lo que tenéis hasta que yo venga". Sigue un torrente de estrofas suntuosas, llenas de imágenes de grandeza desconcertante, con frases y vocablos que nada tienen que ver con lo establecido o autorizado y que alguien llama "gentaismos".

La lucha entre Miguel Arcángel y Satán por el alma americana, Alda, resuelve el conflicto entre los errores e injusticias del mundo viejo y la aurora cristiana de una América futura iluminada por la gracia. El profeta Elías, "el último intérprete del Testamento antiguo", desafía al Tirano Vanadio que ha pretendido imponer sobre América y el Mundo un Imperio totalitario. El joven americano Iridio, la América Republicana, quiere curar la parálisis de la bailarina Alda con la magia de la razón; pero el mal es más fuerte. Finalmente es el amor de Cristo el que la rescata y el joven americano venera al poder salvador de la bondad. Hasta las acotaciones llevan el sello epopéyico, como cuando Genta escribe: "... de la cima del averno... cae un telón de silencio... Lloro Dios. Y pára el tiempo".

En este Juicio Final las alturas de Machu Pichu son el "Josafat americano" y el escenario abarca los Andes, La Cruz del Sur, el Amazonas, el Orinoco, el Misisipi, los océanos inmensos, los volcanes ardientes. Las hordas del mal caen vencidas por la espada de luz del Espíritu, en esta tierra americana y para la salud futura del mundo. Y "las naciones de América contemplan sus prodigios... De la cumbre más alta volverá Jesucristo". En la apoteosis final, Rosa de América, alas y nardos, prepara la venida de Jesús, quien tiende los brazos aun al propio Satanás en un supremo esfuerzo de Salvador universal.

"Genta es, por total derecho, el Amériða, el poeta consagrado a la América; poeta integral... poeta hasta los más lejanos límites del concepto", escribe el Licenciado Alejandro Quijano. Pese a la conciencia de

su "lira minúscula y pensamiento ínfimo", es evidente que Genta se siente el Amériða que procura despertar a este Nuevo Mundo que aguarda a su redentor.

Hay tal fervor en esta epopeya que uno piensa que este general que colgó la espada para tomar la lira, estaría pronto a descolgar su espada para sostener la vigencia de sus cantos americanos. Juana de Ibarbourou cree a "El Juicio Final" digno de la música de Wagner y escribe al autor: "Lo verá Ud., lo verá yo aquí o desde allá, representado ante multitudes atónitas y delirantes".

## "QUE ADVENGA EL CICLO DE LOS AMERIDAS"

Por Carlos Dávila

### II

Nueva York, enero 19 de 1954. (EPS). — Se ofenderán los poetas, se alarmarán los críticos de poesía y pondrán el grito en el cielo los lectores de libros poéticos. Pero me parece que América es un poema sin poetas. No hablo en el sentido de la "Poesía filosófica", como la entienden T. S. Elliot y mi compatriota Díaz Casanueva— ni de la poética expresionista a modo del peruano Vallejo; ni de la onírica surrealista del mexicano Paz, ni de la universalista del ecuatoriano Gangotena, ni de la musical y folklórica del cubano Guillén, ni de la romántica y política de tantos otros. Hablo de la poesía que aparte de sus valores estéticos, represente un destino. Es decir, aquella poesía capaz de simbolizar el futuro de una raza; encarnando su conciencia y desarrollando su devenir. Una Poesía que sea para América lo que fueron los Upanishadas para India, Homero para Grecia, Virgilio para los romanos, el Dante para la lucha místico-terrenal del Renacimiento, Shakespeare en su Enrique V para Inglaterra.

Poesía y Destino. Es curioso cómo —a través de la historia literaria universal— hay épocas en que Poesía y Destino se juntan hasta confundirse, en tanto que, en otros períodos, se distancian hasta hacerse antagónicos. La unión férrea y solidaria entre las tragedias de Sófocles y el sentido histórico de los griegos, es un buen ejemplo del enlace entre Poesía y Destino. En cambio, entre el Góngora de la segunda época —preciosista y frío— y el terrible temblor de la Reforma que pone fuego a la Europa del Siglo XVI, hay un abismo enemigo. Entre Baudelaire y el preludio de las revoluciones sociales milochocentistas, hay la misma distancia que entre un vaso de ajeno y una bomba de dinamita. Y si hoy día —época de bloques continentales— yo me atreviera a plantearle a media docena de poetas americanos la necesidad de "americanizar" su poesía, estoy seguro de que los seis me mirarían como a un mau-mau o a la momia de Tupac Amaru.

No debieran, sin embargo, de sentirse tan orgullosos los poetas americanos por ser tan "puros" en su poesía. Andan por ahí unos cuantos sociólogos que miran a nuestro continente, no como un mundo de cultu-

ra formada y ni siquiera como un centro de futuras realizaciones culturales: apenas como los gusanillos de las legumbres sin cocer, gente en estado larvario, incapaces de mirarnos a nosotros mismos y mucho menos de crearnos un destino. El iracundo Papini nos niega hasta el derecho a pensar por cuenta propia; y recuerdo la frase —de cáustico desdén obsequioso— de un diplomático francés cuando, al brindar por nuestros países, dijo “Brindo por estos hermosos pueblos que tendrán *siempre* un brillante porvenir”. Siempre, es decir, nunca.

Si esto es cierto, ni somos un continente sin destino, sería absurdo pedirle a la poesía un anticipo de lo que no existe. En este caso, tendrían razón los poetas “puros”, aquellos que —según la formidable expresión de Sartre— “no cantan ni lo existente ni lo inexistente, sino lo imposible”.

En cambio, si América es realmente un nuevo mundo como quise decirlo en mi libro “Nosotros los de las Américas”, si en lo que hoy es cementerio de ruinas indígenas vivió una cultura de hondas raíces sociales, políticas y religiosas, si el Descubrimiento y la Conquista en nuestros pueblos representan la más grande epopeya de todos los tiempos, si la Colonia Hispánica fué un ejemplo precursor de legislación avanzada, si el despertar de este continente está encaminado a crear el triunfo histórico de América, entonces la Poesía Americana está obligada a hermanarse con el destino y a ser <sup>no</sup> Destino.

A través de la media vida que he venido dedicándome a plantear la unidad de los pueblos americanos y la complementación de sus economías, he sentido la falta de una Poesía para América y de América. Y aunque es cierto, que, en los más grandes poetas americanos, surgen a veces relámpagos de Americanismo, son la mayoría de las veces o simples aguafuertes descriptivos o calcomanías folklóricas o estados subjetivos de difícil acceso.

Una sola excepción he encontrado en la larga e ilustre vista: el uruguayo Genta, de quién me ocupé hace meses en un artículo que provocó centenares de cartas auspiciosas de mis lectores. Y me parece curioso —al analizar su obra— que sólo después de cinco libros de poesía, cinco de prosa y dos de teatro, emprendiera a los 45 años la gigantesca tarea de interpretar, como él dice: “la naturaleza, la historia y el destino del Nuevo Mundo”. Esto indica, tal vez, que el concepto América necesita madurar con los años en la conciencia del hombre americano, tal como el despertar histórico de América, ha venido sólo a plantearse, a agitarse después de siglos de supremacías ajenas.

En el caso del poeta uruguayo, el despertar americano ha sido en plena madurez; y con un vigor que le envidaría media legión de adolescentes. Lleva ya escritos ocho volúmenes, bajo el título general de “La Epopeya de América”, divididos en dos series: “Los Poemas Americanos” y “Cantos del Nuevo Mundo”. Tarea de visionario y de misionero, en sus poemas América se convierte en visión y en misión y más que un continente, se ha transfigurado para él en una meta histórica y en un culto religioso. Por primera vez, Poesía y Destino se reúnen en los aires del Nuevo Mundo.

Es sorprendente cómo los mismos temas, seres, objetos y situaciones

que, en la voz de otros poetas, tenían resonancias íntimas o coloristas, a quienes en el lenguaje de Genta un encaminamiento superior, una índole que podría llamarse histórica, una especie de mandato espiritual, algo así como un trance, el "raptó" de que hablaban los griegos, traducido esta vez a la vida, a la respiración y al destino de América.

No existe —que yo sepa— otro poeta contemporáneo que se haya atrevido, no va a resucitar las formas de la epopeya, sino a devolverle esa grandeza que parecía patrimonio exclusivo de las grandes culturas del pasado. Cuando la mayoría de los críticos vienen salmodiando la muerte de la poesía épica como género literario, aquí está este poeta de América negando el axioma y demostrando que en un Nuevo Mundo todo está por resucitar, incluso la más muerta de las poesías. Por algo, frente a la diminuta Troya de Homero, opone Genta el Imperio del Sol de mayas y aztecas; y en vez del pequeñísimo Helesponto, extiende como escenario de sus epopeyas la Cordillera de los Andes, el Amazonas, los ríos y valles de la inmensa América. En el prólogo de su "Bolívar", declara:

"Lo esencial es que advenga el ciclo de los *améridas*, arúspices y rapsodas que vaticinen y exalten el porvenir, según los signos de eternidad en las entrañas del continente; artistas, sabios y artesanos que tomen los elementos de América como materiales nobilísimos, para el logro de una eclosión primaveral sobre el viejo tronco de la existencia humana".

Edgardo Ubaldo Genta —general del Ejército Uruguayo— ha iniciado la empresa. Seguro estoy de que otros habrán de continuarla. Es mucho lo que puede decirse de este poeta-soldado, ingeniero, estratega militar y maestro. Lo dejaremos para otras crónicas.



## LA AMÉRICA DE GENTA

Por Carlos Dávila

### III

*Nueva York*, enero 29 (EPS). — De todas las divisiones en que acostumbramos a calificar las etapas históricas de nuestra dividida América, hay una penetrante y promisor: la del poeta uruguayo Edgardo Ubaldo Genta. Para él nuestro continente tiene tres épocas: Indoamérica (o América para el indio) Liberamérica (o América para el americano) y Mundamérica (o América para la Humanidad).

En lugar del concepto escolar, que hace culminar nuestra vida histórica en el período republicano, el poeta Genta nos vaticina una Edad del Espíritu, la Edad del "Quinto Evangelio". Según sus propias palabras: "Después de la catástrofe final de un Viejo Mundo, veremos la resurrección del Nuevo Mundo como una isla empinada y salvadora de la Humanidad, el mayor Renacimiento de la Historia".

Y todavía más: hasta llega a predecir el momento de Mundamérica. Esto ocurrirá en el Tercer Milenio. Exactamente lo que se lee en el Apocalipsis de San Juan (Cap. XX, vers. 4): "Y vivirán y reinarán con Cristo por mil años".

No quisiera que los lectores cayeran en la equivocación de imaginar, a través de las frases que he transcrito del poeta uruguayo, que se trata de un escritor místico que, llevado por trances y deliquios religiosos, está trasladando a nuestros días las visiones metafísicas de un San Agustín en "La Ciudad de Dios" o de Santa Teresa en "Las Moradas". Por el contrario, Edgardo Ubaldo Genta es un hombre muy "terre a terre". Es nada menos que ingeniero. Y aún más: ingeniero militar. O sea: de directa, concreta y fría formación científica. Egresó de la Escuela Militar de Versalles, ha dirigido la Escuela de Ingenieros del Ejército Uruguayo, ha tenido bajo su mando regimientos de Comunicaciones, ha llegado a ser Jefe de Estado Mayor e intervenido en vuelos aéreos que han unido Uruguay con la Argentina, Chile y Perú.

Los elementos de su poesía tienen asideros más terrenales que aquellos que apoyan y nutren las raíces de la lírica religiosa. Habría que buscarlos —antes que en él mismo— en su propio padre: poeta, inventor y obrero italiano que, según documentos existentes, abandonó Europa en busca de un mundo "con un nuevo sentido espiritual". En su segundo libro —"El Tercio Azul"— Genta hace alusión a esta actitud de su padre y lo llama "un nuevo Colón lírico de origen genovés".

El ensueño paterno encuentra en el hijo su expresión más íntegra; y vemos a Genta —aún en medio de sus quehaceres militares— lanzando la idea de cambiarles el nombre a los Ministerios de Guerra de las Américas por "Ministerios de Paz". Desde muy niño, lee a Carlyle, la Biblia y los grandes poetas orientales y greco-romanos, que crean en su formación literaria y moral un culto a los héroes, un ideal de perfección histórica y el amor a un esteticismo elocuente y marmóreo. En su primer libro —"Besos, lágrimas y gritos" (1917)— escrito a los 23 años de edad, el instinto del futuro poeta épico se anticipa en uno de los poemas, "Los que nunca morirán", en donde rinde homenaje a "los visionarios de las ideas y de la acción". Ya en su segunda obra —"El Tercer Azul" (1927)—, a pesar del romanticismo de tema y estilo, la inclinación americanista comienza a rondar su poesía y lo lleva, casi sin quererlo, a esta plástica definición de América: "Boca del mundo abierta entre labios de océanos".

Es interesante observar cómo, en su tercer y cuarto libros —"El Vigía" (1930) "El Cazador Furtivo" (1935)—, entra Genta por un camino de interrogaciones y de dudas, de búsqueda de sí mismo, de tenso anhelo de perfección, que representa un avance indiscutible sobre su anterior poesía. El profesor J. Van Pragg, catedrático de la Universidad de Amsterdam, llega a compararlo con Unamuno.

Para otro poeta —menos sincero consigo mismo, pero más preocupado del triunfo fácil—, le habría bastado esta etapa superadora, desde el punto de vista poético literario. No fué así con Genta. Hay algo curioso y misterioso, en el proceso interior del poeta, entre los años 35 a 39; y siento que los muchos ensayistas y críticos que han tenido oportu-

tunidad de conocer de cerca a Genta, no lo hayan interrogado en este sentido ni hayan estudiado su proceso formativo.

Lo cierto es que, en 1939, aparece "La Epopeya de América", primer tomo de "Los Poemas Américos", que rompen totalmente el tono menor e intimista de los libros anteriores y marcan el comienzo, no sólo de una poesía diferente, sino de una América diversa para muchos: la América de Genta. El estilo cambia, se rompe en bloques discursivos, pierde interioridad pero gana en misterio, adquiere grandeza, salta, fulgura, abandona métricas fijas y se entrega a un ritmo conceptual, con mezclas de metafísica, paisaje, historia, panteísmo, símbolos esotéricos y visiones apocalípticas. No le bastan las palabras conocidas ni los arcaísmos olvidados: crea palabras y las lanza, tan nuevas y relucientes como su nueva América.

Desde entonces, han transcurrido 15 años. Y la vida y obra del hijo del obrero genovés se han unido en un nudo palpitante de devoción americana. Van sucediéndose "Los Poemas Américos", en libros que llevan como germinación cíclica el proceso que va desde la América de los Indios (Indoamérica) hasta la América para la Humanidad (Mundamérica): "El Prólogo del Hombre" (1942), con escenario en Tihuanaco, señala un vaticinio alegórico de cómo la materia habrá de convertirse en Espíritu; "La Platania" (1942) cuenta la lucha de emancipación de la Colonia de Sacramento y los ideales de los Estuarios Unidos del Reino de la Plata; "la Amazonia" (1942), tragicomedia que tiene su asiento en la zona ecuatorial, desde los Andes al mar Atlántico, al dominio obsesivo de la selva amazónica y del cerco mágico de las divinidades selváticas y de los ritos incásicos; "Los Mayas" (1946), la epopeya que canta las hazañas de Kukulán, el héroe americano, venido de tierras remotas, que consigue fundar la soñada Mayapán, la confederación de aztecas y de mayas, o sea, la unidad de América, que Genta llama "la Heliópolis prometida, la América-Humanidad"; "El Epílogo de Dios" (1946) es el libro final de la primera serie de "La Epopeya de América" y es el canto de acción de gracias de la América triunfadora, o sea, la América del Tercio Milenio que entra en Dios.

En 1944, publica "La Epopeya de Bolívar", en donde plantea el paralelo entre Prometeo y Bolívar. El fuego sagrado es la libertad de los pueblos americanos; y Bolívar parte y roba el pedernal llameante; cae en seguida encadenado y, por último, junto a los Padres de la Patria de toda América y rodeado por los pueblos libres, entona el himno de la unidad *continental*. El año pasado, publicó Genta su último libro, "El Juicio Final", del cual me ocupé hace algunos meses, que describe el combate apocalíptico entre Satanás y Dios, y termina con el descenso de Cristo a América, y con la entrega que hace el Salvador de su corazón a Santa Rosa de Lima, a quien dice: "Toma mi corazón y hazlo Rosal del mundo entero".

Es una coincidencia, pero resulta curioso el hecho de que Edgardo Ubaldo Genta naciera el 30 de agosto de 1894, día de Santa Rosa de América.

Para los millones de hombres y mujeres que, a lo largo y ancho de nuestras separadas ciudadanías, sueñan con la esperanza de una Amé-

a unida, la poesía de Genta no es solamente "una de las más grandes excepciones poéticas de nuestro tiempo" —según afirma Juana de Ibarourou—, sino que vibra como la voz augural de una realidad próxima, hacia donde Genta nos encamina diciendo:

"América es el puerto de los sueños del Mundo".

## LA AMERICA EPICA

Por Carlos Dávila

### IV

*Nueva York*, febrero 8 (EPS). — En sólo 15 años de trabajo, el poeta uruguayo Edgardo Ubaldo Genta ha creado un nuevo concepto de América, que desafía cuatro siglos y medio de teorizaciones sobre nuestro continente.

Me parece curioso anotar que este acontecimiento literario haya ocurrido en el mismo período en que un hombre tan penetrante como el francés Antonin Artaud, recordaba a los escritores europeos "que no hay otra salida que la América precolombina, para crear una literatura, que ahondar en la vida mágica e instintiva de los seres humanos".

A mediados de 1939, el distinguido soldado, catedrático e ingeniero militar de Montevideo, apreciado hasta entonces por cuatro tomos de poesía exclusivamente lírica —publicó "La Epopeya de América", anunciando su intento de abarcar "todas las épocas de América, con la filosofía de su historia y sus ideales del porvenir". Desde entonces hasta hoy, han aparecido ocho libros, divididos en dos series: "Los Poemas Americanos" y "Cantos del Nuevo Mundo".

Para apreciar la magnitud de la empresa, vale la pena señalar que los personajes de la epopeya llegan a más de 180, sin contar la inmensa cantidad de coros, multitudes y apariciones; los escenarios suben de 30; y el número de versos asciende a más de 20 mil, sólo en la primera serie de poemas publicados.

La América de Genta difiere de la América Colombina desde la raíz etimológica del nombre: en lugar de acordarle la itálica paternidad de Américo Vespucio, Genta ha desenterrado la palabra tolteca *Americ* (de *meric*, monte. e *ique*, grande), ubicando en Teotihuacán el centro de la primera civilización americana.

Aunque, a través de la epopeya, vemos aparecer figuras que los historiadores europeos y criollos consignan en sus crónicas, memoriales y estudios, en la América de Genta surgen más bien como héroes episódicos. Más que Atahualpa y Huascar, que San Martín y Sucre, los verdaderos héroes americanos son o personajes de leyenda o seres simbólicos que encarnan el espíritu y la grandeza del continente. Así como en su poema "Los Mayas", Genta levanta el nombre de Kukulcán (o Quetzalcoatl), el héroe profético y civilizador, que unificó América desde Teotihuacán hasta el Tahuantisuyo y la morada de los guaraníes, en "La Epopeya de

Bolívar" no es ya el Libertador mismo quien se impone como personaje heroico, sino el aspecto mitológico que hay en él, la trascendental misión que, a los ojos de Genta, lo convierte en un Prometeo "mucho más sobrenatural que el del propio Esquilo".

Y es que Genta ha orientado sus poemas "américos" en tres planos que él define como "una interpretación alegórica del plan del universo: unidad, perfección y libertad". Nosotros preferimos dividir la obra —para facilitar su comprensión crítica— en: plano mitológico, plano histórico y plano espiritual.

En el primero, desfilan los seres legendarios, los mismos que los arqueólogos e investigadores han descubierto en inscripciones y manuscritos precolombianos y que aparecen en el Codex Cartesianus, en el Troano, en el Popol Vuh y en los templos de Uxmal, Xochicalo, Tihuanacu, etc.

En el plano histórico, se suceden los ritos, leyes, paisajes, personajes, luchas y episodios de la Conquista, la Colonia y la Independencia americanas.

En el plano espiritual, la obra se interna en regiones y lenguaje de abierta intención ocultista y esotérica. Aquí los personajes son: el Ser Astral, la Voz de Dios, las Ideas Sublimes, las Pasiones Blancas; los episodios se llaman: Sublimación del hombre, Retorno al Arquetipo y Retorno a Dios; y la obra tiene como divisiones; un Limen real y Tres Escalas Simbólicas.

Estos tres planos —mitológico, histórico y espiritual— encaminan la epopeya y la van haciendo subir de tono, en una ascensión que parte desde el lenguaje casi pétreo y telúrico del primer libro hasta el rapto místico del último tomo. Pero también los tres planos se mezclan a lo largo de la obra, dando a la parte histórica resonancias mitológicas y metafísicas; fuerza terrenal a los símbolos y deidades, y esoterismo a lo espiritual.

Todavía falta por publicarse un tomo más de la Epopeya. Se llamará "Flamero". Por las referencias que tengo, tratará de la Creación del Mundo, en un intento nunca esbozado siquiera en la historia literaria de América: *mirar con ojos americanos las visiones del Génesis*. Esto significa que, en la América de Genta, no sólo cabe el gran destino final, el tercer milenio del Apocalipsis, el del reino de Dios, sino que también el origen de las cosas, el día de los siete días, el del "fiat lux".

Hay un aspecto que nos parece digno de ser analizado en los "Poemas Américos": la menor importancia con que Genta parece considerar la Conquista y Colonización de América por España. En "Los Conquistadores", marca la llegada del ejército hispano como nocturnal augurio, poniendo en boca de Pacha —madre de Atahualpa— el fatídico grito de "Toda mi raza flota entre la sombra densa". En "La Amazonia", el paso del capitán castellano Francisco Orellana va tiñendo de sangre y tragedia el escenario del Cuzco andino y de la selva amazónica. En "La Platania", la figura de España —representada por el hidalgo don Gonzalo de la Quintana— surge, como una personalidad más bien lírica, repitiendo el gastado arquetipo con que se ha acostumbrado a oscurecer la acción histórica peninsular. Si bien es cierto que Genta —como buen hijo de italiano— dedica un poema de 45 líneas a todos los extranjeros de Amé-

ca a quienes bautiza como americanos, y aunque dedicados sus libros a los Conquistadores de América, no muestra la emoción ni el interés suficientes para la Conquista que es, sin duda, una de las epopeyas más grandes de todos los tiempos. Mucho menos parece atraerle la acción humanística de la Colonia, cuyos sistemas de leyes se adelantaron en siglos a la legislación social más avanzada de nuestros días.

Es indudable que tanto el plano mitológico como el espiritual dominan la vena poética de Genta. Se le vé más seguro, más fuerte, más audaz cuando los bellos mitos indígenas y los impulsos teológicos atraviesan su poesía. Es entonces cuando su lirismo se hace incontenible y sobrepasa los márgenes del lenguaje y del ritmo habituales. Las noches de la prehistoria y las alboradas del futuro son el alfa y el omega de su gran mensaje americano, destinado a servir de guía bíblico del Nuevo Mundo que comienza a surgir de las cenizas del Mundo Viejo.

Ya hoy en día son miles los intelectuales y obreros, los profesionales, estudiantes y científicos, los hombres y mujeres que, en cada país a lo largo y ancho del continente, están pronunciando —gracias a la poesía de Genta— una nueva palabra: América.

Hace ocho años —el 14 de abril de 1946— se efectuó un homenaje a este poeta que muchos poetas no quieren reconocer. Para los escépticos, los derrotistas y los desdeñosos, nos permitimos señalar que no hubo un sólo país que no hiciera llegar su adhesión más fervorosa hasta el Ateneo de Montevideo, sede central del homenaje. Y es que la adhesión no fué sólo a la poesía de Genta, sino a esta América que él canta, definiendo y vaticina, esta América que Genta ve unida en un sólo pueblo, en pie sobre el mundo y dueña del destino.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL  
10 ABR 1956  
Secc. Control y Cat.

## Obras de

# "La Epopeya de América"



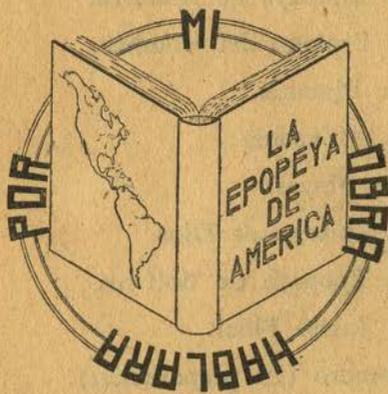
- 1 — La Epopeya de América.
- 2 — El Prólogo del Hombre.
- 3 — La Platania.
- 4 — La Amazonia
- 5 — Los Mayas.
- 6 — El Epílogo de Dios.
- 7 — La Epopeya de Bolívar.
- 8 — El Juicio Final.
- 9 — Flameró (en preparación).



*Comprende este folleto cuatro estudios que, sobre la obra de Edgardo Ubaldo Genta, escribiera el periodista y escritor chileno Dr. Carlos Dávila para Editors Press Service de Nueva Yorck, cuyos capitulos son:*

- I — Genta, El Amériða.
- II — Que advenga el Ciclo de los Amériðas.
- III — La América de Genta.
- IV — La América Épica.





*EX LIBRIS para las 9 obras de*  
**"LA EPOPEYA DE AMERICA"**

---